

No, sino que, por lo contrario, es un país bellissimo, por el que circula leche y miel. ⁽¹⁾ Como el paraíso, exige también cultivo, y no puede lograrlo sin trabajos y sudores. Pero todo trabajo es fuente de bienestar, y principalmente el trabajo en el jardín de Dios, en el alma.

¿Quiénes son, pues, los que encuentran tan triste y penosa la vida? Ciertamente, no son los que aman la actividad. Dan éstos gracias á Dios por cada día que les concede continuar el trabajo que abandonaron la víspera. Pero ¿cuál no será su alegría cuando llegue la recolección, y entren, con abundante cosecha, en el granero de Dios? La única esperanza de contemplar este día, les hace más dulce la vida, y compensa con largueza todos sus trabajos.

Pero no consiste en esto todo su consuelo. No todos los días de su vida son días de fiesta. Sin embargo, ven algunos de ellos, y éstos les hacen olvidar las miserias de los otros, que son mucho más numerosos. Sin duda que su vida se asemeja de ordinario á una caravana en marcha por el desierto, pero, por esta razón, reciben también del cielo el maná que engendra en ella todas las dulzuras. Este maná cayó también visiblemente sobre Ana de Montepulciano ⁽²⁾ y sobre Catalina de Sena. ⁽³⁾

Sin duda que las pruebas, arideces y amarguras duran á veces en los santos mucho tiempo, pero también llega el consuelo que les obliga á exclamar: «Guardaos vuestros dones, Señor; el corazón humano no puede soportarlos».

En estos momentos, veíase obligada Santa Magdalena de Pazzis á desgarrar sus vestidos para no sucumbir al efecto de la opresión que la gracia producía interiormente en ella. ⁽⁴⁾ San Felipe Neri sufrió desplazamientos en su cuerpo por la dilatación de su corazón bajo la influencia del amor divino, ⁽⁵⁾ viéndose obligado á echar mano de compresas para temperar los ardores que experimentaba. El

(1) Num., XIII, 28.

(2) Raimund., *Vita S. Agnet. de Montepul.*, 2, 17 y sig.

(3) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 17, 328.

(4) Ceparí, *Vita S. Mar. Magdal. de Pazzis*, 5, 45.

(5) Barnabæus, *Vita S. Philippi Ner.*, 3, 22, 23.

mismo fenómeno se produjo en Bautista de Veranis ⁽¹⁾ y en Luís de Narni. ⁽²⁾ En Ana de Jesús, no bastaban los lienzos mojados para calmar el fuego producido en ella por la caridad, por lo que tenía que recurrir al hielo. ⁽³⁾ En Ida de Lovaina, ⁽⁴⁾ en Catalina de Génova, ⁽⁵⁾ en Rosa de Lima, ⁽⁶⁾ el fuego del amor divino, de tal modo abrasaba su corazón, que aun las personas que estaban cerca de ellas lo sentían, y acercando la mano, apenas podían soportar su calor.

8. Las puertas del paraíso abiertas á la muerte de los santos.—Así, en este valle de lágrimas, la vida de los santos es una vida paradisíaca.

¿Qué decir ahora de su muerte? En este momento, el cielo descende visiblemente á la tierra. Aun en la vida ordinaria, cuando ha tenido uno la dicha de asistir á la muerte de una persona que ha soportado largas pruebas, ó rudas penitencias, no es posible alejarse sin experimentar esta impresión: «Hoy he llegado á las puertas del paraíso». En efecto, experimentamos el mismo sentimiento que en la tarde de un día de tempestad, cuando el sol descende envuelto en una magnificencia más radiante que de ordinario.

¿Qué ocurre cuando podemos asistir á la muerte de los santos, á esa muerte tan preciosa ante Dios? ⁽⁷⁾ «Voy al cielo»—exclamaba San Luís Gonzaga, sin poder ocultar su alegría.—⁽⁸⁾ «Prefiero mil veces el día de mi muerte,—decía la señora de Peltrie—á todos los años de mi vida». ⁽⁹⁾ Y Francisco de Girolamo entonó el *Te Deum* al ver que se aproximaba este bendito momento.

Es que los santos tienen motivos para estar alegres cuando mueren.

(1) *Vita Baptistæ de Varanis*, 5, 42 y sig.

(2) Steill, *Ephem. Dominic.*, II, II, 145.

(3) Lantages, *Vie d' Agnès de Jésus*, I, 94 y sig., II, 133, 638.

(4) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan.*, 1, 7, 45.

(5) *Vita S. Cathar. Fliscæ Adurnæ*, 4, 43, 44.

(6) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 21, 274, 275.

(7) Psalm. CXV, 6. Le Blanc, *In Psalm. CXV*, n.º 61 y sig., 76 y sig.

(8) Ceparí, *Vita S. Aloisii*, 2, 13, 267.

(9) Guérin, *Les petits Bollandistes*, VI, 345.

Con frecuencia se ha visto al Salvador acompañado de su santa Madre, de santos y ángeles, ir á buscar á sus fieles servidores, como lo leemos de Santa Gertrudis ⁽¹⁾ y de la bienaventurada Coloma de Rieti. ⁽²⁾ Á la muerte de San Martín ⁽³⁾ y á la de la bienaventurada Margarita de Saboya, ⁽⁴⁾ oyeron los asistentes los cánticos maravillosos con que los habitantes del cielo daban la bienvenida á sus nuevos conciudadanos.

Realízase esto invisiblemente cada vez que un elegido abandona el destierro para entrar en la mansión paterna, y todos los testigos del hecho oyen, con los oídos del espíritu, los cantos celestiales de los que entran en el reposo por las puertas abiertas del paraíso.

Del mismo modo que todas las criaturas terrenales sacuden el sueño pesado que las invade, cuando las cumbres de las montañas, doradas por los primeros rayos del sol, iluminan los sombríos valles, así también ocurre con frecuencia que, á su muerte, los santos ven un reflejo de la magnificencia divina que proviene del paraíso abierto.

Ya hemos visto cómo acudieron las alondras á celebrar la muerte del Serafín de Asís. Era de noche, cuando no cantan las alondras, pero la aurora de la eternidad les hizo creer que llegaba la mañana, y que era tiempo de empezar su himno de alegría. En efecto, era una gran mañana de júbilo para el cielo y para la tierra.

Lo mismo ocurrió con la muerte de Santa Georgia, la cual, durante toda su vida, había servido á Dios en la soledad. Cuando llevaron al templo su cuerpo virginal, acompañáronlo numerosas palomas. Durante el oficio, colocáronse en el techo del edificio, y luego, inhumada la Santa, eleváronse hacia el cielo, y nadie volvió á verlas. ⁽⁵⁾

Cuando murió San Pablo Ermitaño, llegaron presurosos dos leones, y le abrieron una tumba en la arena del de-

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 5, 32.

(2) Sebast. Perus., *Vita B. Columbæ Reat.*, 21, 207 y sig.

(3) Gregor. Turon., *Mirac. S. Mart.*, 1, 4, 5 *Hist. Franc.*, 1, 47.

(4) Marchese, *Sacro Diario Domenicano*, VI, 110.

(5) Gregor. Turon., *Gloria Confessor.*, 34.

sierto. ⁽¹⁾ El alma de Santa Escolástica subió al cielo en forma de paloma; ⁽²⁾ la de San Benito, por un sendero brillantemente iluminado, ⁽³⁾ y la de San Pedro Fourier en forma de globo de fuego. ⁽⁴⁾ Á la muerte de Santa Hildegarda, aparecieron dos arco iris, y en el punto en que se cortaban, veíase un disco semejante al de la luna, que lanzaba sobre la tierra rayos brillantísimos. ⁽⁵⁾

La envoltura mortal que los santos dejaban tras de sí al abandonar la vida, ese testigo y ese instrumento de tantas prácticas de penitencia, de mortificaciones y obras santas, con frecuencia ha aparecido en tal estado de transfiguración, que anunciaba ya por adelantado el esplendor de la resurrección. Cerrábanse sus llagas, ⁽⁶⁾ su palidez, efecto de sus rudas penitencias, cambiábase en maravillosa frescura, ⁽⁷⁾ y difundíase sobre ellos tal resplandor, como jamás se ha visto otro igual en mortal viviente.

Gregorio de Tours no sabía con qué flores terrenales comparar la belleza del cadáver de Santa Radegunda. ⁽⁸⁾ El cuerpo de San Felipe Benicio despedía tal resplandor, que iluminaba durante la noche la habitación en que estaba depositado. ⁽⁹⁾ Perfume maravilloso exhalaba el cuerpo de Santo Tomás de Aquino; ⁽¹⁰⁾ aroma celestial despedían todos los objetos de que se había servido San Juan de Dios, ⁽¹¹⁾ y los restos de la bienaventurada Rita de Casia exhalaban delicioso olor siempre que Dios quería hacer un milagro por su mediación. ⁽¹²⁾ Cierta prueba era esto de que, por intercesión y méritos de la santa, el paraíso, en el cual había entrado para siempre, se abría un momento para consuelo de los mortales.

(1) Hieron., *Vita S. Pauli Erem.*, 16 (Vallarsi).

(2) Gregor. Magn., *Dial.*, 2, 34.—(3) *Ibid.*, 2, 37.

(4) Guérin, *Les petits Bollandistes*, VIII, 153.

(5) Theodoric., *Vita S. Hildeg.*, 3, 3, 58.

(6) *Vita S. Theobaldi*, 1, 2, 13.

(7) Albius, *Vita B. Petri Luxemburg.*, 5, 39.

(8) Gregor. Turon., *Gloria Confessor.*, 106.

(9) Dalæus, *Vita S. Philippi Benit.*, 17, 238.

(10) Guil. de Thoco, *Vita S. Thom. Aq.*, 11, 67.

(11) Govea, *Vita S. Joan. de Deo*, 13, 110 y sig.

(12) Cavalucci, *Vita B. Ritæ*, 2, 12.

9. **Cómo puede recobrase el paraíso.**—En todo tiempo se ha ocupado la humanidad en la cuestión de saber si el paraíso, tal como antes existía en la tierra, existe todavía y cómo podría encontrarse.

En sus hermosos días, tuvo tanto empeño la Edad Media en reconquistar el paraíso como el sepulcro de Cristo, y la leyenda del Santo Graal, profunda aunque oscura y fantástica, alimentaba sin cesar estos esfuerzos.

Pero mientras que los servidores de este mundo perdían el tiempo en vanos ensueños poéticos, los hijos de Dios traían de nuevo el paraíso á la tierra con su vida verdaderamente cristiana, y demostraban que la prosaica realidad, cuando se halla penetrada de verdadero espíritu religioso, contiene más legítima poesía que todas las invenciones de los poetas.

La vida pública de la Iglesia, que estaba entonces en todo su esplendor, es prueba de ello. El que no ha vuelto á encontrar el paraíso en la fiesta del Corpus, cuando el pueblo cristiano acompaña á su Salvador en triunfal cortejo, por medio de campos y de bosques, no lo volverá á encontrar jamás.

Por otra parte, nadie es tan ciego que no lo vea renovado en la vida de los santos. De nosotros depende que podamos habitarlo de nuevo hoy día. Aun sería la tierra un paraíso, con sólo quererlo el hombre. Desgraciadamente, esta sentencia de la Escritura: «La tierra y todo lo que contiene pertenece al Señor»,⁽¹⁾ sólo se asemeja á un piadoso deseo. Si el hombre perteneciese á Dios, pertenecería también la tierra, y sería un jardín de Dios. Pero como el hombre no quiere pertenecer á Dios, la tierra no es de él ni de Dios: la rebelión y el desorden reinan en todas partes.

Si los hombres fuesen santos, si aspirasen tan sólo seriamente á la santidad, veríamos realizada esta hermosa visión que Uhland describe con el título de *Iglesia perdida*, pero que mejor le caería el de *Paraíso recobrado*:

(1) Psalm., XXIII, 1.

«Resplandecía el cielo de un azul sombrío; brillaba el sol en toda su magnificencia, y las audaces bóvedas de una catedral erguíanse envueltas en dorada luz. No puedo expresar lo que sentía en el recinto santo. Los amplios ventanales arrojaban torrentes de luz que iluminaban las piadosas imágenes de los mártires. Y vi en seguida, en maravillosa claridad, crecer y animarse el cuadro, y dilatarse mis miradas por un mundo de santas mujeres y adalides de Dios. Traspasado por un rayo de fe y de amor, arrodilléme ante el altar: en el fondo de la cúpula aparecía pintada la gloria celeste. Pero al alzar de nuevo mis ojos, vi roto el arco de la cúpula, la puerta del cielo abierta, y descornado el velo».⁽¹⁾

(1) Uhland, *Gedichte* (61) (Stuttgart, 1877), 396 y sig.